

JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID:
POETA CARTAGENERO DE LA INDEPENDENCIA

*Ariel Castillo Mier**

De los poetas colombianos de la época de la independencia el más completo, el más difundido, el que estuvo más cerca de los grandes en Hispanoamérica, fue el cartagenero José Luis Álvaro Fernández de Madrid Fernández de Castro, cuya existencia vertiginosa —que pasó del encumbramiento a la derrota, a la humillación, al destierro, a la calumnia y a la vindicación— está ligada a ese momento clave en la historia de Colombia.

De Cartagena de Indias a Santafé de Bogotá, a las selvas del Darién, a Villa de Leyva, a las montañas de Barragán y Quindío, al fuerte de San Felipe, a La Habana, a Bejucal, a París, a Londres, a Barnes, el periplo vital breve, veloz y controvertido de Fernández Madrid, signado no sólo por los viajes, sino también por sus múltiples actividades como político, orador, médico, diplomático, poeta, dramaturgo, abogado y periodista, ha ejercido un gran atractivo sobre los historiadores, lo que se ha puesto de manifiesto en una extensa y documentada biografía y diversas síntesis¹.

I. JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID ANTE LA CRÍTICA

Aunque no ha pasado inadvertida la producción poética de Fernández Madrid ha contado quizá con poca fortuna ante

* El autor es profesor de literatura en la Universidad del Atlántico, Barranquilla.

¹ Destacamos las de Miguel Goenaga, Carlos Martínez Silva, Carlos Gustavo Méndez y Humberto Triana y Antoverza.

la crítica. Desde la publicación en la prensa de sus principales poemas hasta nuestros días, podría hacerse un inventario de denuestos críticos en una secreta competencia de ingenio a la hora de descalificar la producción literaria de Fernández Madrid, con frecuencia sin conocer a fondo ni la obra ni las circunstancias en que se creó. De los primeros ataques el propio poeta se defendió, incluso en verso, aunque también a través de notas en la prensa².

La crítica a la obra de Fernández Madrid está signada por la pasión: prácticamente desde su aparición, para bien o para mal, ha suscitado adhesiones fervorosas y rechazos rencorosos. Pero con frecuencia los comentarios incurren en paradójicas contradicciones: lo que para un crítico constituye un mérito, para otro es motivo de descalificación. Mientras que el venezolano Bello³ en 1829, desde Londres, destaca en “Canción al padre de Colombia” las estrofas “admirables por la grandeza de las concepciones y por la destreza en el manejo de un metro difícil”, para su paisano Domingo del Monte⁴, en 1831, desde Cuba, los defectos más notorios de la poesía de Fernández Madrid son justamente la “flojedad en la concepción de los pensamientos; la negligente incuria en el lenguaje; la laxitud y la dureza en la versificación”. El extenso ensayo de Del Monte, irónicamente titulado “Las poesías del doctor Madrid”, constituye un monumento de la crítica insana: más

² Al respecto cabe mencionar su sátira “Defensa de la Rosa Primera, titulada La Virginidad”, que espantó a los beatos de ambos sexos en La Habana y Santafé, quienes la acusaron de lasciva, así como la nota en *El Argos* de La Habana, el 24 de junio de 1820, en la que justifica las rimas agudas en los cuartetos y esdrújulas en los tercetos de su “Soneto con motivo de ir cundiendo las ideas liberales hasta en Constantinopla”, textos recogidos en el Archivo Nacional de Cuba (1962, pp. 256-258, 297).

³ BELLO, Andrés. “Poesías de D. J. Fernández Madrid” [1829]. En: BELLO, Andrés. *Obra literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, p. 309.

⁴ DEL MONTE, Domingo. “Las poesías del doctor Madrid” [1831]. En: BUENO, Salvador (ed.). *Ensayos críticos de Domingo del Monte*. La Habana: Pablo de la Torriente, 2000, p. 63.

que un trabajo de iluminación de los poemas, su propósito es su aniquilación a partir de criterios no tanto rigurosos como rígidos.

No existe hasta nuestros días un estudio sistemático de la producción poética de Fernández Madrid que se concentre en su obra, sin descuidar su contexto histórico-literario, y la examine en su diálogo con la poesía de su época en Colombia (José María Salazar y Vargas Tejada), Hispanoamérica (Bello, Olmedo y Heredia) y en España (Quintana, Arriaza, Iglesias de la Casa, Martínez de la Rosa, Cienfuegos, Meléndez Valdés), con los modelos europeos antiguos (los clásicos grecolatinos) y modernos (los neoclásicos franceses y los románticos ingleses) que la orientaron. Por lo general, las críticas existentes no pasan de ser las breves viñetas para presentar los poemas en una antología o los renglones estrictos y, en ocasiones, mezquinos, de la historia literaria.

En la mayoría de los casos parece haberse impuesto el dictamen descalificador de Marcelino Menéndez y Pelayo, de manera tal que los juicios posteriores no dejan de ser más que variaciones sobre su afirmación acerca de Fernández Madrid como el versificador descuidado que sólo atina cuando se ocupa de los tópicos de la vida doméstica. Da la impresión de que por momentos primaran en los críticos los prejuicios en torno a la esterilidad hispánica del neoclasicismo o la supuesta cobardía y la humillación del político que logró sobrevivir, en plena “Patria Boba”, mientras que sus compañeros de lucha perecían en el patíbulo. En pocas palabras, tampoco se ha producido una crítica equilibrada de su obra pese a que ésta cuenta con varias ediciones importantes, sobre todo en el siglo XIX: las de Cuba, en 1822 y 1830, la de Londres, en 1828, y la colombiana de 1869, para conmemorar, por iniciativa de Rafael Núñez, el centenario de su nacimiento.

En el siglo XX sólo se publicó una breve antología en Cartagena en 1945, pero a comienzos del siglo XXI, Héctor H. Orjuela reeditó la poesía de tema amoroso, bajo el título de *Lírica erótica*, precedida

de un juicioso estudio de la misma. No obstante, en lo relativo a los poemas “Las rosas”, la parte más reconocida de la obra de Fernández Madrid, aprendida de memoria por las damas habaneras y santaferreñas y musicalizadas en Cuba para dar serenatas⁵, Orjuela reproduce las versiones cubanas, que fueron revisadas años después por el autor, con la ayuda de Andrés Bello y José Joaquín Olmedo y que, sin duda, mejoran los textos y, además, constituyen su última voluntad. Incluso muchas de las censuras que formula el ensayo de Domingo del Monte son atendidas por el autor, como si las hubiese conocido previamente. Lo mejor hubiera sido una edición crítica en la que se mostraran las variantes sobre el texto original.

II. BREVE BIOGRAFÍA DE FERNÁNDEZ MADRID

Para la comprensión de la obra poética de José Fernández Madrid conviene un repaso sucinto de su trayectoria vital, pues ésta nos ayuda a comprender los cambios y la evolución de su obra.

José Luis Álvaro Fernández de Madrid y Fernández de Castro, hijo de padre guatemalteco y madre samaria, nació en Cartagena de Indias el 10 de febrero de 1789. Entre sus antepasados había caballeros de la Orden de Calatrava y gentes de Burgos, emparentadas con las más altas casas de la Corte. Poco tiempo después del nacimiento, a raíz de un nombramiento laboral del padre, su familia se desplazó a Santafé de Bogotá, donde el joven Fernández inició, en 1800, sus estudios secundarios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en el cual se formaron varios miembros de la elite cartagenera, como Manuel Rodríguez Torices, José

⁵ Cfr. MARTÍNEZ SILVA, Carlos. *Biografía de D. José Fernández Madrid*. Bogotá: Fernando Pontón, 1889, p. 367.

María Castillo y Rada y Lino de Pombo. Fernández se graduó en derecho y medicina antes de cumplir los veinte años, y asistió a la Tertulia del Buen Gusto, a la que concurrieron muchos de los futuros luchadores por la independencia. Fundada por Manuela Sanz de Santamaría de Manrique, según la moda francesa de las reuniones culturales, en la tertulia se cultivaba una literatura jocosa y la finalidad fundamental era divertirse con adivinanzas, chistes, poemas y comentarios de lecturas. Entre los asistentes figuraron Camilo Torres, Tomasa Manrique, el presbítero José Ángel Manrique, José María Salazar (1785-1828; autor del primer himno nacional colombiano, traductor del *Arte poética* de Boileau), José Montalvo, Manuel Rodríguez Torices, Frutos Joaquín Gutiérrez y Custodio García Rovira.

Tras haberse dado a conocer como poeta en las aulas universitarias del Colegio Mayor, en las que se ganó el apodo de “Madrid el Sensible”, y en el periódico de Manuel del Socorro Rodríguez, *Alternativo del Redactor Americano*, el nombre de Fernández Madrid empezó a adquirir relieve cuando le publicaron, en 1812, la oda “A la noche”, en el *Semanario de la Nueva Granada*, dirigido por Francisco José de Caldas, en el que años después se difundiría un artículo científico suyo sobre el coto.

Tras doctorarse en derecho canónico y medicina, Fernández regresó a Cartagena en 1810 donde se dedicó a la medicina y comenzó a ganar prestigio. Nombrado síndico procurador general de la ciudad, se entusiasmó con la revolución de la independencia, y redactó y firmó el acta patriótica del 11 de noviembre de 1811. Con Rodríguez Torices editó *El Argos* de Cartagena, un semanario que contribuyó a la acción revolucionaria y se publicaría después en Tunja en 1815 y en Santafé en 1815 y 1816 con Castillo y Rada, y en La Habana con el argentino Juan Antonio Miralla, en 1820.

Luego de ocupar asiento en la Junta Suprema de Cartagena, fue nombrado representante a la Convención en la ciudad. En 1812,

elegido diputado, asiste al Soberano Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, en Villa de Leyva, donde se destacó por su elocuencia. En 1813 conoció a María Francisca Domínguez Rocha (1789-1877), con quien se casó dos años después. En 1814 formó parte del triunvirato que nombró el Congreso para ejercer el poder ejecutivo. Ese año conoció a Simón Bolívar en Tunja.

Restablecido en el trono Fernando VII, se dispuso la Reconquista, delegada para Colombia en Pablo Morillo, el Pacificador. Mientras tanto, en 1816, Fernández Madrid fue designado magistrado supremo de la República. Ante la renuncia de Camilo Torres, fue obligado a asumir la Presidencia. Impotente para salvar la patria en momentos difíciles, se retiró a Popayán y, perseguido, se entregó a los jefes españoles, con su esposa, con la promesa de conservar su vida. Fernández fue de los pocos que sobrevivieron a la época de la pacificación de Pablo Morillo, en la que perecieron muchos de sus amigos y parientes: Caldas, Manuel Rodríguez Torices, José María García de Toledo, Manuel del Castillo, García Rovira, Camilo Torres y su hermano, el capitán Felipe Fernández Madrid, en el río Sinú, arriba de Montería, a manos de los realistas.

Morillo lo desterró, increpándolo que fuera a España a aprender lealtad de sus parientes. Fernández Madrid salió de Cartagena a Madrid pero, por intercesión de algunos parientes, consiguió burlar la orden de Morillo y se quedó en La Habana, donde permaneció hasta 1825. Durante esos años ejerció la medicina, atendiendo a esclavos recién llegados en buques negreros y hacinados en barracones en los suburbios de la capital, publicó estudios científicos sobre las fiebres y el influjo del clima antillano, al tiempo que participó en la vida intelectual como poeta y periodista divulgador del pensamiento americanista y promotor de la independencia cubana. En 1818 se enfermó de disentería y tisis, y para buscar alivio se trasladó al pueblo de Bejucal. En 1819, el nacimiento de una hija lo sustrae para siempre de la afición

al juego, vicio al parecer muy común entre los expatriados de la Gran Colombia.

Al regresar a Cartagena de Indias la prensa lo recibió con sátiras e insultos y, en su defensa, Fernández redactó la “Exposición de José Fernández a sus compatriotas sobre su comportamiento político desde el 14 de mayo de 1816”, que le permitió rescatar su imagen ante la opinión pública. Uno de sus detractores, Rufino Cuervo, se retractó públicamente de las acusaciones formuladas. Por sugerencia de Bolívar, Santander lo nombró en 1826 agente confidencial de la República de Colombia en Francia y, en 1827, ministro plenipotenciario en Londres. Por esa época se hizo amigo de los poetas Andrés Bello y José Joaquín Olmedo, así como del ensayista cartagenero Juan García del Río, todos ciudadanos de América. Aquejado por la tuberculosis se retiró a Barnes, en cercanías de Londres, donde murió a los 41 años.

III. LA OBRA POÉTICA DE FERNÁNDEZ MADRID

La obra poética de Fernández es representativa como ninguna en Colombia de ese momento de transición que va del ocaso del neoclasicismo a los albores del romanticismo: no sólo registra los géneros en boga y sus rasgos definitorios, sino también los cambios. Como bien lo señaló Andrés Bello⁶, en Fernández Madrid se dan dos tendencias poéticas fundamentales “fomentadas de consuno por el genio de los amores, y por el de la libertad”. Los propios poemas de Fernández expresan esta polaridad cuando el poeta define el hablante lírico ya como “cantor colombiano”⁷, “el

⁶ BELLO, óp. cit., 308.

⁷ FERNÁNDEZ MADRID, José. *Obras de José Fernández Madrid*. Bogotá: Fernando Pontón, 1889, p. 12.

portavoz de su poesía patriótica”, ya como “el cantor de las rosas”⁸ o “el sensible cantor de los Amores”⁹. Conviven, pues, en él dos poetas, el civil y el amatorio, representativos de tonos, visiones de la poesía y del mundo casi contrapuestas, cuyo único punto común es el rechazo a la tiranía, constante en casi toda la poesía, y el apego respetuoso a las reglas neoclásicas del decoro, el buen gusto y la corrección.

El “cantor colombiano”, presente en los poemas “Canción al Padre de Colombia y Libertador del Perú”; “Elegía Primera. La prisión de Atahualpa”; “Elegía Segunda. La muerte de Atahualpa”; “Soneto a las banderas de Pizarro”; “Oda a los libertadores de Venezuela en 1812”; “Oda a la muerte del coronel Atanasio Girardot”; “Al Libertador el día de su cumpleaños”; “Canción al mismo asunto”; “Oda a los pueblos de Europa”; “Oda a la Restauración de la Constitución Española”; “Ditirambo a la memoria de Porlier y Lacy”; “El diez de marzo en Cádiz”; “Fragmento de una oda a Iturbide en 1823”; “Soneto Napoleón en Santa Helena”; “Soneto al ciudadano Miralla”, cultiva una poesía de uso, al servicio de las luchas por la emancipación política de España y coincide con el poeta típico de esta época en Hispanoamérica, tal como lo describe Alfredo Roggiano¹⁰: “En su mayoría adoptaron el liberalismo laico procedente de la Ilustración, fueron republicanos en política y partidarios de la igualdad social”. Ilustrativa de esta tendencia es la “Canción al padre de Colombia y Libertador del Perú”:

Tres siglos eternos el nuevo hemisferio
En vil servidumbre sumido gimió:

⁸ *Ibíd.*, p. 72.

⁹ *Ibíd.*, p. 76.

¹⁰ ROGGIANO, Alfredo. “La poesía decimonónica”. En: MADRIGAL, Luis Iñigo (ed.). *Del neoclasicismo al modernismo* (t. II, pp. 277-281). Madrid: Cátedra, 1987, p. 277.

Temblad, ¡oh tiranos! Finó vuestro imperio,
 América es libre, vuestra hora sonó
 Tremendo guerrero,
 Blandiendo el acero
 Con brazo invencible, BOLÍVAR juró
 Romper de su patria la dura cadena.
 En vano el ibero
 León iracundo las garras abrió;
 En vano encrespando la tosca melena,
 De orgullo y de rabia furioso rugió.
 ¡Temed, castellanos! ¿No veis el portento
 De bélicas haces que un héroe formó?
 ¡Temed, castellanos! Del seno sangriento
 Guerreros terribles Colombia brotó.
 Armada la veo,
 Y estar viendo creo
 A Palas, que joven y hermosa nació,
 El yelmo en la frente, la lanza en la mano.
 La lira de Alceo

Mi musa inflamada quisiera pulsar,
 Y en verso sublime, cantor Colombiano,
 Del déspota ibero la rabia irritar.

El hablante lírico se asume como la voz del pueblo, el poeta civil que empuña la lira, invoca a las musas y se dirige a las naciones para que entren en razón; a los soldados luchadores por la libertad, para motivarlos; a los héroes, para exaltarlos; al pueblo, para enaltecerlo y a los invasores castellanos, representantes de la tiranía, para escarnecerlos. El modelo básico de este poeta está en los elegíacos griegos (Tirteo, Calino, Solón), quienes concibieron la poesía como instrumento de acción al

servicio de la polis en respuesta a urgencias cívicas. De allí que, con frecuencia, sus poemas cuyas formas predominantes son el himno y la oda constituyan enérgicas arengas para enardecer el entusiasmo bélico, consignas para despertar la vocación heroica, fortalecer la solidaridad de la comunidad y contribuir a la formación de las jóvenes naciones en el respeto por la libertad. Además de la función política, esta poesía ambiciona la utilidad educativa. El poema es como una tribuna frente a la plaza en la cual se encuentra un público amplio, lo que determina una simplificación de los recursos estilísticos y la presencia de modos efectistas de la oratoria.

Los poetas de la emancipación —escritores próceres, a menudo libertadores, gobernantes, militares, sin la tranquilidad de espíritu ni el tiempo— sacrifican el cuidado de la palabra al triunfo de la causa patriota. Sin duda alguna, el momento histórico-social incide sobre la actividad humana, en general, y sobre la creación poética, en particular. Las urgencias de la lucha libertadora, los sucesos militares, los primeros intentos de organización político-social, imponen el sacrificio de los ideales estéticos a la actuación pública por la causa patriótica. El poema complementa, da lustre retórico, verbal, a las acciones marciales. Los escritores libertadores de pueblos, próceres, no se inquietan por las sumisiones de la palabra. Primero está el poder y luego la belleza. De ahí que Fernández Madrid, primer presidente-poeta en Colombia, no tenga ningún empacho para anotar al pie de su “Oda a la restauración de la Constitución Española en 1820” que fue “Compuesta el mismo día que se tuvo en La Habana la noticia, y publicada al día siguiente”. Se trata, en últimas, de una poesía ancilar, de circunstancia, sin mayores ambiciones artísticas: poesía de convivio para celebrar la victoria o el cumpleaños del héroe o difundir su fama mediante el panegírico o lamentar su muerte en las exequias y compensarla con la vida eterna de la palabra.

En el tono de estos poemas, enfático, grandilocuente, sobresale el orgullo americanista y el sentimiento antiespañol según el cual la colonia no fue más que un letargo de tres centurias de servidumbre. No obstante, en el poema “Elegía Segunda. La muerte de Atahualpa”, el hablante aclara:

Sangre española corre por mis venas;
 Mío es su hablar, su religión la mía,
 Todo, menos su horrible tiranía.
 No aborrezco a la España; solamente
 Abomino a los tigres de la Iberia,
 Que de sangre inocente,
 De lágrimas, de luto y de miseria
 Han llenado este nuevo continente.

El estilo de estos poemas tiende a lo convencional, la metáfora común, el emblema (el león ibérico, la oliva, la espada, las cadenas), los epítetos trillados, y se reitera el recurso a la imaginería mitológica (Marte, Palas, Alcides) y las alusiones a la historia y la cultura antiguas (Alceo, Tirteo, Salamina, César), aunque entremezcladas con referentes americanos (Chimborazo, cóndor, Pichincha, Tunja, incas, Andes, Junín, Viracocha, Atahualpa).

El poeta amatorio se hace presente en poemas como “Las rosas: dedicatoria”; “Virginidad”; “La rosa de la montaña”; “El deleite”; “El día de Amira”; “La malva-rosa”; “El orgullo vencido”; “La inconstancia”; “La salud”; “A mis madres”; “Mi corona y sepultura”; “Para el álbum de Mrs. Gil. Recién casada”; “Mucho amor (canción)”; “Amira y yo”; “Carta a una amiga”; “El lorito de Laura”; “La noche de luna”; “Canción”; “El retrato de Amira”; “La formación de Amira”; “Décima”; “A una novia, una amiga suya” y “A dos hermanas”, piropos en verso a la esposa, declaraciones

de amor, versos de ocasión en álbumes de señoras, epístola a una viuda, panegírico de la suegra, invitación al disfrute de la vida:

Ven al concierto de mis dulces versos,
Fáciles, descuidados,
Ingenuos y sencillos, como el pecho
Del perezoso autor que los ha hecho¹¹.

Al luchador por la libertad de los pueblos, al denunciante del invasor, al hombre confundido con la colectividad, ahora lo único que le interesa es el gozo y el retozo, la complacencia en el amor físico y espiritual:

Cuantos bienes yo deseo
Los encuentro, Amira, en ti...
Llévate ávido Europeo,
Todo entero el Potosí¹².

Cruce el vasto océano
El extranjero siempre codicioso,
Para llevarse el oro americano,
Y hágase poderoso
Con la sangre del mísero africano.
Yo soy más venturoso,
Amable Amira, viéndome a tu lado
De rosas y de mirto coronado¹³.

De la sangre a la rosa; de la celebración de los héroes y el insulto a los castellanos al elogio de la hermosura de la mujer, de la

¹¹ FERNÁNDEZ MADRID, óp. cit., p. 72.

¹² *Ibíd.*, p. 65.

¹³ *Ibíd.*, p. 75.

salud, del amor conyugal, de las madres, de la belleza natural, del deseo, deidad que gobierna por igual el universo de los hombres y de las fieras; de los laureles y la espada de Marte al mirto de Venus, la lira, Cupido y las náyades; de la ambición del cetro y el oro al consuelo de la compañía y el tesoro de la solidaridad; del temple altivo y retador de la arenga al tono humilde y el canto cordial de la serenata; del hombre ambicioso y pendiente de la guerra y de abstracciones como la libertad y la tiranía al hombre resignado, sensible al paisaje y las caricias y nostálgico de la tierra natal; este conjunto de poemas marca un cambio radical en la poesía de Fernández Madrid, ligado al desencanto político, a la humillación que limita las posibilidades del heroísmo que en la Grecia antigua había expresado de manera memorable Anacreonte en una de sus odas:

Quiero cantar de Cadmo
 cantar de los Atridas
 pero dulces amores
 suena sólo mi lira.
 Mudo todas las cuerdas,
 mudo la lira misma;
 canto trabajos de Hércules
 y ella de amores vibra.
 Héroe, preciso es daros
 eterna despedida:
 que de dulces amores
 canta sólo mi lira¹⁴.

Más que en las ideas, el poema se centra en los sentimientos, y aunque no se despoja plenamente de la hojarasca mitológica y pas-

¹⁴ En PORTUONDO, José. *Concepto de la poesía y otros ensayos*. México: Grijalbo, 1974, p. 54.

toril, al poner de relieve detalles biográficos del autor, circunstancias laborales (“¡Feliz el que ha nacido/ al mismo tiempo médico y poeta!/ Dos veces laureado/ de Minerva y Apolo”¹⁵), recuerdos de las privaciones de la huida, tras la derrota (“memorias dolorosas/ del furor de una horrible tiranía”¹⁶), señales de los estragos de los años (“ya mi pelo negro/ las canas matizan”¹⁷) y la enfermedad (“los males de mi pecho devorado”¹⁸), así como la nostalgia de la patria (“ausente de mi patria y mis hogares”¹⁹) y la tristeza por los amigos (“¿Dónde están mis amigos más queridos?”²⁰) y el hermano muerto (“¿Dónde estás, mi Felipe, tierno hermano?”²¹) en la guerra; al apartarse del decorativismo pastoril de los neoclásicos para situar a la mujer nada ideal, de carne y hueso, en medio de las montañas del Quindío o junto a la palma y la ceiba, Fernández Madrid se sitúa en los umbrales del romanticismo.

La vertiente inicial de la poesía de Fernández, la que mayor tributo rinde al tiempo que le tocó vivir, ha envejecido. Se trata de una poesía puramente retórica, plagada de lugares comunes, frases hechas, epítetos mecánicos, que hoy resulta totalmente anacrónica, de la cual no deja de ser rescatable la incorporación de las imágenes de América, los nombres dignos de figurar en los anales de la historia y la introducción en la misma composición de diversos tipos de versos y de estrofas.

Hay, no obstante, una vertiente de la poesía de Fernández a la que el autor al parecer no le concedió mucha importancia y es la más cercana a la sensibilidad de hoy. Se trata de un grupo de

¹⁵ FERNÁNDEZ MADRID, *óp. cit.*, p. 71.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 60.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 92.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 72.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 73.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ *Ibíd.*

poemas con pleno arraigo en la cotidianidad, con ciertas dosis de leve crudeza al referirse al cuerpo, y un lenguaje coloquial que incluye expresiones populares y fluye sin los obstáculos de las reminiscencias mitológicas, a través de un tono festivo, humorístico. Estos poemas, “Soneto”; “La hamaca”; “Sátira a Lesbia”; “Defensa de la Rosa Primera”; “Mi bañadera”; “En un cafetal”; “Elegía a la muerte de don José de Peñalver y Aguirre” y “Pobre de mí”, entre otros, anticipan algunos rasgos de la poesía del Caribe a finales del siglo XIX y principios del XX. En la canción “La hamaca”, afirmativa de las bondades de la cultura indígena y en la escena del “Fragmento. De la descripción de una comida en un cafetal”, Fernández pone de manifiesto una conciencia regional en ciernes y consigue, tal vez sin proponérselo, dar un paso adelante en la búsqueda de una expresión americana independiente. La voz que aquí se oye ya no es la del neoclásico español:

Es de la comitiva

Fray Ramón, religioso franciscano,
 De largas esperanzas y fe viva,
 De corazón sencillo, y buen cristiano
 Católico, Apostólico, Romano;
 Cuello corto, cuadrado, anchas espaldas,
 Al parecer, no amigo de las faldas;
 Mas no falta al bendito
 Ni el buen humor, ni menos, apetito.
 Dice, puntual, su misa cada día;
 Pero en esto de ayuno y abstinencia,
 No es ciertamente estrecho de conciencia.
 El buen vino, la buena compañía,
 Y los ricos, jugosos alimentos
 Despiertan en el pecho sentimientos
 De amable libertad y de alegría;

Se habla de la extinción de los conventos,
Y asómanse las risas placenteras,
Y las gracias ligeras;
Ya parte sutilmente la ironía,
Ya el equívoco agudo;
Y come y calla Fray Ramón sesudo;
En fin, cada uno sale de su quicio,
Y entre chanzas y veras,
Dicen a Fray Ramón mil frioleras;
Pero el buen Fray Ramón, que no es novicio,
Come y bebe y responde: *¡juicio, juicio!*

Esta poesía ligera, personal, humilde en comparación con las pretensiones majestuosas de la épica, plena de sabor criollo, logra darle salida a la contradicción entre la tiranía de la expresión y estética neoclásicas, y la necesidad de expresar de una manera nueva, creadora, la realidad nueva que nacía con la independencia.

IV. CONCLUSIÓN

La obra poética de José Fernández Madrid, ligada a las vicisitudes de su vida, es representativa de una época poco propicia para el desarrollo poético, pero tuvo sus aportes y marcó su diferencia ante la medianía y la frivolidad de los poetas colombianos de la época. Fernández Madrid no sólo fue un intelectual internacional que se codeó con los más destacados poetas hispanoamericanos de la época —Andrés Bello, José Joaquín Olmedo y José María Heredia— sino que supo abrir sendas por las cuales habría de transitar la poesía posterior, en particular la de su tierra nativa, cada vez menos solemne y más personal y arraigada en las circunstancias del país.

FERNÁNDEZ MADRID ANTE LA CRÍTICA EN HISPANOAMÉRICA

José Joaquín Olmedo:

Sus versos tienen mérito, pero les falta mucha lima. Le daña su extrema facilidad en componer²².

Andrés Bello:

Colombiano distinguido, cuyas disposiciones favorables a la poesía han sido fomentadas de consuno por el genio de los amores, y por el de la libertad. La dote principal de su talento es la flexibilidad; así es que sobresale en el género anacreóntico, y en las graves meditaciones a que han dado lugar los sucesos importantes de su era. En “Canción al padre de Colombia” leemos estrofas admirables por la grandeza de las concepciones, por la destreza en el manejo de un metro difícil²³.

Domingo del Monte:

Sí, ya es tiempo de declararlo: Madrid no nació poeta. Flojeidad en la concepción de los pensamientos; negligente incuria en el lenguaje; laxitud y dureza en la versificación; uno que otro acierto casual sólo sirve para hacer más patentes sus defectos comunes. El malogrado Fernández Madrid no necesita para su gloria, de la corona poética²⁴.

²² OLMEDO, José Joaquín. “A don Andrés Bello”, París, 8 de marzo de 1827. En: OLMEDO, José Joaquín. *Epistolario* [en línea]. Edición digital basada en la de México: J. M. Cajiga, 1960. Alicante: Biblioteca Miguel de Cervantes Saavedra, 2004. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/jose-joaquin-olmedo-epistolario--o/html/> [consulta: agosto 2, 2010]

²³ BELLO, óp. cit., p. 309.

²⁴ DEL MONTE, óp. cit.

Emilio Carilla:

Más allá de algunos versos recordables, Fernández Madrid es un nuevo ejemplo de una época que se caracterizó por una abundante producción lírica, aunque con pocos tributos perdurables. Y, en su caso (como en otros), la actuación pública ha prestado a la irregular obra escrita un prestigio que ésta, sola, no tuvo²⁵.

Instituto de Literatura y Lingüística “José Antonio Portuondo Valdor”:

A pesar de la pobre calidad de sus textos, se aprecia en sus obras la ruptura con la tendencia neoclásica dentro de la cual había sido formado, y en su poesía, tanto en las variaciones formales, como en el tratamiento de los temas, se advierte cómo la corriente romántica estaba haciéndose sentir. Entre Fernández Madrid y Heredia existía una amistad iniciada desde la llegada del colombiano. En un acercamiento detenido a ambas creaciones, la huella del colombiano es indiscutible²⁶.

EN COLOMBIA

Miguel Antonio Caro:

Por lo que hace a los temas relativos al amor conyugal, a las madres y a los niños, Madrid se adelanta a Víctor Hugo. Madrid publicó sus *Rosas* desde 1820. *Las hojas de otoño*, 1831.

²⁵ CARILLA, Emilio. *Poesía de la independencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 175.

²⁶ INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA “JOSÉ ANTONIO PORTUONDO VALDOR”. *Historia de la literatura cubana. T. 1: La Colonia: desde los orígenes hasta 1898*. La Habana: Letras Cubanas, 2002, p. 109.

Las notas del cantor de *Las Rosas* se resienten de incorrección, nunca de afectación: son puros, aunque harto imperfectos preludios. Los lectores quedan prendados siempre del poeta, que les abre sus almas, aunque la obra artística no les deja satisfechos.

Josefa Acevedo de Gómez (1841):

¿Por qué todos los hombres no han nacido
Poetas, como Madrid?
Tu canto ameno
Mi espíritu deleita, me enternece
De mis tristes memorias adormece
Con sus suaves cadencias el veneno
Y en grata alternativa inspira a mi alma
Melancolía y placer, amor y calma.

Fernando de la Vega:

Pocas veces ha habido un disentimiento tan vivo entre la vocación ingénita de un hombre y el papel que se impone desempeñar; pocas entre la tenuidad y blandura de un carácter humano y la empresa casi extrahumana a que le impelían las circunstancias históricas del instante. Todas sus fallas de político, que le trajeron un día infamación cruel, responden al motivo fundamental de que le faltaba de veras fibra heroica y poseía, por contraste, las útiles y facticias para tiempos de bonanza. Magistrado supremo de la República languideciente en 1816, se le disuelve el poder en los puños como una agresión macabra de los hados. Aquella empresa de obstáculos adversos eran superiores a una voluntad formada para la ternura hogareña o las vigilias del estudio. El ambiente, apestoso a sangre y sacrificio, no se conformaba de ningún modo con la naturaleza genuina de Madrid. Madrid se halla justamente en la línea linderera de un ocaso y de una aurora.

No nació para la entonación épica que llama a los pueblos a la defensa de sus derechos: a menudo sus estrofas son insultos destemplados, dicerios dirigidos a roso y velloso contra España y carentes de inspiración y de ardiente convicción y ausentes de recursos padecen descensos que rozan el suelo. La faramalla, el lugar común, el desaliño verbal, hacen de JFM un cantor épico mediocre, sin las dotes para el solemne momento histórico, pues el odio degrada y pervierte y no constituye elemento estético²⁷.

Camilo Villegas Ángel:

Como versificador el doctor Fernández Madrid tiene alto valor de corrección y facilidad elegante; su estilo es habitualmente limpio, sonoro y armonioso y se combinan bastante bien en él los caracteres opuestos de las dos escuelas literarias de Quintana y Arriaza, de moda en su tiempo.

Tanto en la poesía ligera como en su oda pindárica, brilla con luz propia y sobresale en el cultivo de la oda anacreónica, de exquisito sabor criollo y deliciosa languidez tropical.

Con sus dos tragedias originales, puede alistarse entre los fundadores del teatro americano²⁸.

Roberto Arrázola:

Cartagena pudo haber tenido su poeta soldado como Popayán en Julio Arboleda; pero, contra lo que hubiera podido esperarse, he

²⁷ DE LA VEGA, Fernando. "Algo sobre José Fernández Madrid". En: DE LA VEGA, Fernando. *Ratos de estudio*. Cartagena: Imprenta Departamental, 1922.

²⁸ VILLEGAS ÁNGEL, Camilo (ed.). *Antología poética de Cartagena*. Barranquilla: Editora Nacional, 1948, p. 13.

aquí que ni siquiera José Fernández Madrid, quien vivió la epopeya de la independencia nacional, siente el arrebatado requerido para la empresa, no obstante haber debido su vida al perdón que le otorgara Morillo por no atreverse a derramar la sangre azul del prócer cartagenero. Descontada su Oda a la muerte heroica de Atanasio Girardot, Fernández Madrid se entretiene escribiendo toda una resma de versos intrascendentes, en los cuales ni cuando toca temas vernáculos, como “La hamaca”, puede colegirse que se trata de un poeta americano, no ya colombiano ni, desde luego cartagenero. Don José es el prototipo del poeta hispanoamericano de biblioteca: clásico en la forma, por aprendida, y romántico en el fondo, por heredado²⁹.

Jorge Pacheco Quintero:

Fernández Madrid es un poeta menor, irregular, casi doméstico. Vergara y Vergara y Menéndez Pelayo le tachan por haber introducido distintas clases de estrofas en una misma composición poética, imitando al español Arriaza, de moda en aquel entonces. Estas tentativas de innovaciones formales no impiden que el poeta continúe sometido al rigorismo de la escuela neoclásica.

Fernández Madrid queda muy lejos de la revolución romántica, tanto por el estilo como por la temática misma. El hecho de haber compuesto poesías amatorias y sentimentales, no autoriza para considerarlo como un precursor de la nueva escuela. El tema del amor corresponde por igual a todas las escuelas literarias. La poesía de Fernández Madrid tiene aciertos, pero con frecuencia denota insalvables prosaísmos, caídas sentimentalistas, énfasis retóricos y nimiedades de mal gusto³⁰.

²⁹ ARRÁZOLA, Roberto. *Antología de poetas cartageneros*. Cartagena: Impresora Marina, 1961, pp. 7-8.

³⁰ PACHECO QUINTERO, Jorge. *El neoclasicismo. Los romances tradicionales*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1973, t. II, pp. 224-225.

Eduardo Camacho Guizado:

La poesía de Fernández Madrid resulta aún menos elaborada que la de su modelo [Quintana, el más rígidamente neoclásico de la escuela salmantina], y la sensación de vacuidad que se percibe a través del énfasis deja en claro que el poeta tiene poco que decir, pero lo grita³¹.

William Ospina:

Aun preso en la lógica del orden mental al que combatía, pero lleno de pasión y sincero fervor, José Fernández Madrid no sólo fue “el pionero de nuestras artes dramáticas”: fue un hombre americano en un sentido nuevo, moralmente más audaz e intelectualmente más libre, que creyó en el poder de los grandes ideales, en la dignidad de los pueblos vencidos, en el deber de reprobar la profanación de toda grandeza, y en el derecho de la inteligencia para oponer la justicia a la mera victoria, y para reivindicar el espíritu creador contra toda barbarie aventurera³².

Héctor H. Orjuela:

El cartagenero no merece estar en el segundo plano que la crítica le ha asignado en la poesía de la época. Olmedo y Bello apenas tocan los umbrales del Romanticismo, son poetas paradigmáticos del Neoclasicismo hispanoamericano, en tanto que

³¹ CAMACHO GUIZADO, Eduardo. “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”. En: JARAMILLO URIBE, Jaime (dir. científico). *Manual de Historia de Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979, tomo II, p. 620.

³² OSPINA, William. “José Fernández Madrid, el enemigo de la barbarie”. En: CARRANZA, María Mercedes. *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá: Casa Silva, 1991, pp. 104-105.

Madrid se ubica plenamente en los comienzos del movimiento romántico³³.

Jaime García Maffla:

Autor del primer poema publicado en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, “A la noche”, es especialmente interesante en su caso el tema de la versificación y la métrica, con rasgos innovadores como la combinación de metros en una estrofa y de estrofas en un poema³⁴.

MUESTRA POÉTICA DE JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID

CANCIÓN AL PADRE DE COLOMBIA Y LIBERTADOR DEL PERÚ

Tres siglos eternos el nuevo hemisferio
 En vil servidumbre sumido gimió:
 Temblad, oh tiranos! Finó vuestro imperio,
 América es libre, vuestra hora sonó
 Tremendo guerrero,
 Blandiendo el acero
 Con brazo invencible, BOLÍVAR juró
 Romper de su patria la dura cadena.
 En vano el ibero
 León iracundo las garras abrió;
 En vano encrespando la tosca melena,
 De orgullo y de rabia furioso rugió.

³³ ORJUELA H., Héctor. (ed.). *Lírica erótica*. Bogotá: Guadalupe, 2001, pp. 31, 33.

³⁴ GARCÍA MAFFLA, Jaime. “Escritores de la emancipación”. En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo-Círculo de Lectores, 2007, vol. 4, p. 100.

¡Temed, castellanos! ¿No veis el portento
De bélicas haces que un héroe formó?
¡Temed, castellanos! Del seno sangriento
Guerreros terribles Colombia brotó.
Armada la veo,
Y estar viendo creo
A Palas, que joven y hermosa nació,
El yelmo en la frente, la lanza en la mano.
La lira de Alceo
Mi musa inflamada quisiera pulsar,
Y en verso sublime, cantor Colombiano,
Del déspota Ibero la rabia irritar.

ELEGÍA SEGUNDA

LA MUERTE DE ATAHUALPA

Sangre española corre por mis venas;
Mío es su hablar, su religión la mía,
Todo, menos su horrible tiranía.
No aborrezco a la España; solamente
Abomino a los tigres de la Iberia,
Que de sangre inocente,
De lágrimas, de luto y de miseria
Han llenado este nuevo continente.

ROSA CUARTA

EL DÍA DE AMIRA

Cuantos bienes yo deseo
Los encuentro, Amira, en ti...
Llévate ávido Europeo,
Todo entero el Potosí³⁵.

³⁵ FERNÁNDEZ MADRID, óp, cit., p. 65.

ROSA DÉCIMA

MI CORONA Y SEPULTURA

Cruce el vasto océano
El extranjero siempre codicioso,
Para llevarse el oro americano,
Y hágase poderoso
Con la sangre del mísero africano.
Yo soy más venturoso,
Amable Amira, viéndome a tu lado
De rosas y de mirto coronado.

FRAGMENTO DE LA DESCRIPCIÓN DE UNA COMIDA
EN UN CAFETAL

Es de la comitiva
Fray Ramón, religioso franciscano,
De largas esperanzas y fe viva,
De corazón sencillo, y buen cristiano
Católico, Apostólico, Romano;
Cuello corto, cuadrado, anchas espaldas,
Al parecer, no amigo de las faldas;
Más no falta al bendito
Ni el buen humor, ni menos, apetito.
Dice, puntual, su misa cada día;
Pero en esto de ayuno y abstinencia,
No es ciertamente estrecho de conciencia.
El buen vino, la buena compañía,
Y los ricos, jugosos alimentos
Despiertan en el pecho sentimientos
De amable libertad y de alegría;
Se habla de la extinción de los conventos,
Y asómanse las risas placenteras,
Y las gracias ligeras;

Ya parte sutilmente la ironía,
Ya el equívoco agudo;
Y come y calla Fray Ramón sesudo;
En fin, cada uno sale de su quicio,
Y entre chanzas y veras,
Dicen a Fray Ramón mil frioleras;
Pero el buen Fray Ramón, que no es novicio,
Come y bebe y responde: juicio, juicio!

MI BAÑADERA

Triste y fatigado
En la ardiente siesta,
Cansado de dar
Vueltas y revueltas,
De tomar el pulso,
De poner recetas,
Y de oír gemidos,
Y de ver miserias;
Vuélvome a mi casa,
En donde me esperan
Mis hijos queridos
Y mi amiga tierna.

A SU LIRA

Quiero cantar de Cadmo
cantar de los Atridas
pero dulces amores
suena sólo mi lira.
Mudo todas las cuerdas,
mudo la lira misma;
canto trabajos de Hércules
y ella de amores vibra.

Héroes, preciso es daros
eterna despedida:
que de dulces amores
canta sólo mi lira.

Anacreonte

REFERENCIAS

- ARCHIVO NACIONAL DE CUBA. *José Fernández Madrid y su obra en Cuba*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1962.
- ARRÁZOLA, Roberto. *Antología de poetas cartageneros*. Cartagena: Impresora Marina, 1961.
- BELLO, Andrés. "Poesías de D. J. Fernández Madrid" [1829]. En: BELLO, Andrés. *Obra literaria*. (pp. 306-312). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- CAMACHO GUIZADO, Eduardo. *Sobre literatura colombiana e hispanoamericana*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
- CAMACHO GUIZADO, Eduardo. "La literatura colombiana entre 1820 y 1900". En: JARAMILLO URIBE, Jaime (dir. científico). *Manual de Historia de Colombia* (p. 618-620). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979, tomo II.
- CARILLA, Emilio. *Poesía de la independencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- DE LA VEGA, Fernando. "Algo sobre José Fernández Madrid". En: DE LA VEGA, Fernando. *Ratos de estudio*. Cartagena: Imprenta Departamental, 1922, pp. 9-17.
- DE LA VEGA, Fernando. *Cartagena, la de los claros varones*. Cartagena: El Mercurio, 1937.
- DE LA VEGA, Fernando. *Evolución de la lírica en Colombia en el siglo XIX*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1981.
- DEL MONTE, Domingo. "Las poesías del doctor Madrid" [1831]. En: BUENO, Salvador (ed.). *Ensayos críticos de Domingo del Monte*. La Habana: Pablo de la Torriente, 2000.

ESPAÑA, Gonzalo (ed). *La poesía política y social en Colombia. Antología*. Bogotá: El Áncora, 1984.

ESQUIVIA VÁSQUEZ, Aníbal (ed). *Poesías José Fernández Madrid*. Cartagena: Imprenta Departamental, 1945.

FERNÁNDEZ MADRID, José. *Obras de José Fernández Madrid*. Bogotá: Fernando Pontón, 1889. Reimpresas y publicadas en su centenario por la Gobernación del Departamento de Bolívar.

GARCÍA MAFFLA, Jaime. “Escritores de la emancipación”. En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo-Círculo de Lectores, 2007, vol. 4, pp. 99-101.

GOENAGA, José Manuel. *Apuntamientos para la biografía de José Fernández Madrid*. Bogotá: Imprenta del Centenario, 1910.

HENRÍQUEZ UREÑA. Pedro. “La declaración de la independencia intelectual. 1800-1830”. En: HENRÍQUEZ UREÑA. Pedro. *Las corrientes literarias en la América hispánica* (pp. 98-115). México: Fondo de Cultura Económica, 1978.

INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA. *Perfil histórico de las letras cubanas desde los orígenes hasta 1898*. La Habana: Letras Cubanas, 1983.

INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA “JOSÉ ANTONIO PORTUONDO VALDOR”. *Historia de la literatura cubana. T. I: La Colonia: desde los orígenes hasta 1898*. La Habana: Letras Cubanas, 2002.

LAVERDE AMAYA, Isidoro. *Ojeada histórico-crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana*. Bogotá: Banco de la República, 1963.

MARTÍNEZ SILVA, Carlos. *Biografía de D. José Fernández Madrid*. Bogotá: Fernando Pontón, 1889

MAYA, Rafael. *Obra crítica*. Bogotá: Banco de la República, 1982, t. I.

MÉNDEZ RODRÍGUEZ, Carlos. “La azarosa vida de José Fernández de Madrid” [en línea]. Disponible en: www.geocities.com/Paris/Arc/5234/FDZdemad.htm y <http://es.scribd.com/doc/19639724/LA-AZAROSA-VIDA-DE-JOSE-FERNANDEZ-DE-MADRID> [consulta: agosto 8, 2010]

NÚÑEZ SEGURA, José. *Literatura colombiana*. Medellín: Bedout, 1967.

ORJUELA H., Héctor. *Bibliografía de la poesía colombiana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1971.

ORJUELA H., Héctor. (ed.). *Lírica erótica*. Bogotá: Guadalupe, 2001.

ORTEGA MONTERO, Carlos Adolfo. *La lírica política en la historia de Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1999.

ORTEGA TORRES, José. *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Cromos, 1935.

OSPINA, William. “José Fernández Madrid, el enemigo de la barbarie”. En: CARRANZA, María Mercedes. *Historia de la poesía colombiana* (pp. 102-105). Bogotá: Casa Silva, 1991.

OLMEDO, José Joaquín. “A don Andrés Bello”, París, 8 de marzo de 1827. En: OLMEDO, José Joaquín. *Epistolario* [en línea]. Edición digital basada en la de México: J. M. Cajiga, 1960. Alicante: Biblioteca Miguel de Cervantes Saavedra, 2004. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/jose-joaquin-olmedo-epistolario--o/html/> [consulta: agosto 2, 2010]

PACHECO QUINTERO, Jorge. *Antología de la poesía colombiana. T. II: El neoclasicismo. Los romances tradicionales*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1973.

PORTUONDO, José. *Concepto de la poesía y otros ensayos*. México: Grijalbo, 1974.

RAMA, Ángel. “La literatura en la revolución emancipadora”. En: RAMA, Ángel. *Literatura y clase social* (pp. 15-22). México: Folios, 1983.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. “La amistad con Fernández Madrid”. En: RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. *El otro Andrés Bello* (pp. 123-124). Caracas: Monte Ávila, 1969.

ROGGIANO, Alfredo. “La poesía decimonónica”. En: MADRIGAL, Luis Iñigo (ed.). *Del neoclasicismo al modernismo* (t. II, pp. 277-281). Madrid: Cátedra, 1987.

TRIANA Y ANTORVEZA, Humberto. “Dos colombianos en Cuba: José Fernández Madrid (1789-1830) y Félix Manuel Tanco y Bosmeniel (1796-1830)” [en línea]. En: *Boletín de Historia y Antigüedades*. 2005, vol. XCII, núm. 828, pp. 65-92. Disponible en: http://www.colombiaaprende.edu.co/html/mediateca/1607/articles-113109_archivo.pdf [consulta: agosto 6, 2010]

VILLEGAS ÁNGEL, Camilo (ed.). *Antología poética de Cartagena*. Barranquilla: Editora Nacional, 1948.